



Colegio
Ntra. Señora de Loreto

Finalista de 2º ESO C: MARÍA TERESA PÉREZ FERNAUD

El amuleto de Urano

Hace mucho tiempo, tanto que ya nadie queda para recordarlo, los dioses del Olimpo se enzarzaron en una terrible guerra por el control de la Tierra, ya que una vez muerto su padre, el titán Cronos, alguien debía ocupar su trono. Esta guerra duró eones y eones, y destruyó las cosechas, secó los campos y destruyó ciudades.

Los humanos estaban desesperados, pero, ¿qué podían hacer? Sus dioses no solo se negaban a ayudarles, sino que, además, destruían sus pertenencias. De nada servían las ofrendas ni los rezos; no había nada que pudiera hacer cambiar a los dioses de parecer. Tan devastadora fue esta guerra, que estuvo a punto de destruir a la humanidad, hasta que un joven de la región del Ática llamado Antero, decidió subir al Olimpo a hablar con los dioses, aun sabiendo que le podía costar la vida.

Antero, decidido a parar la guerra como fuera le pidió a su padre, el rey Melinaro una armadura completa para enfrentarse a tan arriesgada empresa. Su padre se negó y le suplicó que cambiara de parecer. Al fin y al cabo, ellos eran unos simples humanos. ¿Qué podían hacer si la voluntad de los dioses sea la guerra?

Pero Antero no escuchó las súplicas de su padre, recogió las pocas cosas necesarias para el viaje, su espada, su escudo y marchó hacia el Olimpo. Al salir de la ciudad, a un lado del camino, se encontraba un pobre anciano sentado en una piedra y pidiendo limosna. Cuando Antero pasó a su lado, el viejo le agarró por la túnica y le dijo:

- Joven y noble viajero, por los dioses, dadle a este pobre viejo algo de comer y de beber.
- Lo siento anciano – respondió Antero – pero tengo prisa; he de llegar al Olimpo para parar a los dioses antes de que nos destruyan a todos.
- Sé cuál es tu misión – replicó el anciano – y también sé que si sigues por ese camino solo encontrarás la muerte.
- Y según tú ¡oh noble y sabio anciano! ¿qué debería hacer?
- Dame de comer y te diré lo que debes hacer para parar la guerra.

Antero, resignado, le dio un poco de pan con queso, y le dejó un odre con agua para que bebiera.

Una vez saciada su sed y su hambre, el viejo exhaló un largo suspiro y dijo:

- Cumpliré yo ahora mi parte del trato. Si vas al Olimpo, los dioses te matarán sin escucharte. Lo que debes hacer es ir a las Cuevas de Garea, la ninfa y que ella te dé el Amuleto de Urano. Con eso los dioses te escucharán.
- Y cómo encuentro, ¡oh sabio! la cueva de Garea.
- Esta joya que ahora te entrego – dijo el pobre dándole un collar con un rubí – te mostrará el camino. ¡Pero ten cuidado! Habrá muchos peligros durante el viaje; además Garea odia a los intrusos, y te matará si puede. Para que te obedezcas enseñale el rubí y dile: ¡Garea, ninfa de la cueva, te ordeno que me obedezcas, por el poder de Poseidón, dios de los mares!

Antero se sorprendió ante esta revelación, pero cuando quiso preguntarle más al viejo había desaparecido.

El joven se puso el colgante al cuello y se encaminó hacia la temible cueva.

Durante el camino, se enfrentó con innumerables peligros, como la terrible Equidna, madre de todos los monstruos, y sus terribles hijos, Naren, el león de dos cabezas, y Tirona, el caballo gigante que escupía fuego verde por la boca. Todos estos peligros los pudo superar gracias a la ayuda y protección de Poseidón, que velaba por él en todo momento.

Al final de tantas penurias, llegó cansado a la Cueva de Garea, donde la ninfa intentó engañarle, y envenenarle la comida, pero Antero se dio cuenta de sus intenciones, y enseñándole el colgante gritó:

- ¡Garea, ninfa de la cueva, te ordeno que me obedezcas, por el poder de Poseidón, dios de los mares! ¡Ahora, entrégame el Amuleto de Urano, y llévame al Olimpo!

Garea no tuvo más remedio que darle el amuleto, y con su poder le trasladó al Olimpo, donde los dioses estaban en plena guerra.

Cuando Zeus, dios de rayo, los vio entrar sin su permiso, intentó fulminarlos con su relámpago, pero Antero alzó el Amuleto de Urano y dijo:

- ¡Oh grandes dioses que controláis el cielo y la tierra, os pido en nombre de la humanidad que paréis esta interminable guerra, ya que nos morimos sin ganado, ni cultivos ni ríos!
- ¡Cállate humano! – respondió Hera -. ¡Tú no tienes por qué entrometerte en nuestros asuntos!
- Mi señora Hera, no era mi intención ofenderles; lo único que les pido es que miren hacia abajo, y vean lo que causa la guerra.

Los dioses miraron debajo del escudo de nubes que protegía el Olimpo, y vieron toda la destrucción que habían creado.

Entonces Helios, dios del Sol dijo:

- Hermanos, en verdad, hemos causado mucho daño, pero ¿qué podemos hacer? Si hacemos una votación, cada uno cotará por sí mismo y no conseguiremos nada.

- Mis señores – se atrevió a decir Antero – si me lo permitís, yo recomendaría a Zeus, ya que fue él quien derrotó a Cronos, y les rescató de su vientre.

Todos los dioses estuvieron de acuerdo, y así, Zeus, dios del rayo, se irguió rey de todos los dioses.

Toda la humanidad celebró esta elección y el fin de la guerra. Poseidón, muy agradecido, le dijo a Antero:

- Gracias Antero, has salvado a la humanidad. Como regalo te entrego a Garea, para que sea tu esposa, pero aún debes hacer una cosa más. Cuando llegues a tu reino, te encontrarás con que tu padre, el rey Melinaro, ha muerto, y tú eres el nuevo rey. El día en que subas al trono, arroja el Amuleto de Urano al mar, por que si no, perderás todo lo que te ha sido entregado.

Antero, con Garea a su lado, volvió a su ciudad, donde lo aclamaron todos los habitantes y se encontró con que lo que Poseidón había dicho era verdad, y él era el nuevo rey. Ese mismo día se casó con Garea, y un mes después le coronaron rey. Pero se sintió tan poderoso, que decidió conservar el Amuleto de Urano. Esa misma noche murió aquejado por una extraña enfermedad, y dejando a Garea embarazada de un hijo. La reina lloró su muerte, pero esperó hasta que naciera su hijo. Dio a luz a un precioso niño, al que llamó Vicerio, por la gran victoria de su padre, y después agarró el Amuleto, y se lanzó al mar.

La historia cuenta que, si escuchas con atención, todavía se pueden oír los llantos de Garea, cuando rompen las olas contra los acantilados.